

DISCURSO DE INGRESO
en la Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo
del Académico Numerario
Ilmo. Sr. D. Juan José Morera Garrido

Ilmos. Sres. Académicos, señoras y señores:

Ante todo, quiero expresar mi agradecimiento a Vds. por haberme elegido miembro de esta Academia; y pido su perdón, ya que éste será mi primer y último discurso, de muy corta duración, pues, como suele decirse, éstos son los mejores.

Vengo a ocupar el lugar que dejó vacante el Ilmo Sr. D. José Gómez Luengo, distinguido arquitecto de esta ciudad, a quien no tuve el gusto de conocer; y ciertamente, más me hubiera gustado conocerle que ser Académico numerario con motivo de su muerte. ¡Lo digo de corazón!

Como ya es norma, voy a dar una breve reseña biográfica de mi ilustre antecesor.

Nace en Madrid el 18 de febrero de 1896. Estudia Bachillerato en el Instituto de San Isidro. Obteniendo éste, se prepara para ingresar en la Escuela Superior de Arquitectura y en la Academia General Militar. En 1919 ingresa en ambos Centros.

Más tarde dejó los estudios castrenses, por los de arquitectura, terminando esta carrera en 1925-26, siendo su número de colegiado en Madrid el 272.

En esta capital ejerció varios años, construyendo viviendas en las calles Guzmán el Bueno, Fernando el Católico y Toledo.

Concurriendo con los arquitectos García Mercadal y Blanco Bleiz, ganó el año 1931 la plaza de arquitecto, de la Diputación Provincial de Toledo, en concurso público; domiciliándose en Toledo desde 1932.

Fue nombrado Académico Numerario, el 22 de abril de 1934 en esta Real Academia. Y también arquitecto de la Cámara de la Propiedad Urbana.

Durante la guerra 1936-39, actúa en Toledo como Jefe de Protección Civil, acondicionando refugios, protegiendo la plaza de Zocodover y otros monumentos. En 1938 es nombrado arquitec-

to diocesano, teniendo que emplearse a fondo, al terminar la guerra, para restaurar iglesias, conventos, seminarios, casas y diversos edificios en toda la amplia diócesis, que abarcaba entonces, además de la provincia de Toledo, parte de las de Albacete, Guadalajara, Cáceres, Badajoz, Jaén y Granada.

Como arquitecto escolar interviene, finalizada la guerra, en el acondicionamiento de la mayor parte de las escuelas de la provincia de Toledo.

Como arquitecto de la Diputación, conserva, restaura o construye diversos edificios en toda la provincia: Casas-Ayuntamiento, Cementerios municipales, Mataderos, viviendas para funcionarios. . .

También a título privado construye varias viviendas y cigarrales. Y en cuanto arquitecto diocesano, son suyas las nuevas iglesias de Santa Bárbara, en Toledo, de los Santos Mártires, en Talavera, la de Ventas de Retamosa, la torre de Villacañas, y otras.

Este ritmo de trabajo cesó ya en los últimos años de su vida por la edad y los achaques. Falleció en Toledo el 10 de julio de 1985.

Hecha esta breve semblanza de mi ilustre antecesor, diré algo más breve todavía de mí mismo:

Nací en Madrid en 1914, pero vine a Toledo siendo niño de 8 años. Es ésta una ciudad a la que quiero y de la que me siento hijo, ya que mi madre era toledana y mi padre madrileño.

En la Escuela de Artes y Oficios de esta ciudad fuí discípulo de don Enrique Vera y de don Roberto Rubio. Conservo de entonces 15 diplomas, casi todos extraordinarios, y una mención honorífica en composición de pintura.

Más adelante me concedieron una pensión de la Diputación. Pero, por no ser hijo de toledano, no pude disfrutarla jamás. Fue el primer dolor de mi vida, y a partir de ésto lo he pasado muy mal. Me metieron en talleres, apartándome de la pintura y escultura; y, si hoy soy pintor y escultor, se debe a mi lucha y esfuerzo sin ayuda de nadie.

Y, dicho esto, voy a exponer también de forma sencilla unas consideraciones más, personales, sobre el arte de ayer y de hoy.

Todos observamos que lo primero que hace el niño es dibujar, antes incluso de aprender a escribir. Son dibujos raros, parecidos a los abstractos de los pintores que se llaman modernos, aun-

que con más gracia. Esto demuestra, a mi juicio, que en el arte todo está hecho. Podrían valer como ejemplo las pinturas de las cuevas de Altamira.

A lo largo del tiempo surgieron estilos diversos, entre ellos, el Románico: arte simplificado y de gran pureza de líneas. Luego será el Gótico: estilo más acabado, con más filigranas y altura, pero menos sobrio que el anterior.

Tras años de lucha nacería el estilo más grande de todos: el Renacimiento. Y entre los genios de esta época yo me quedo con dos representantes de su último período: el Greco y Miguel Angel. El Greco como pintor y Miguel Angel como escultor.

Cuentan que, contemplando el cretense la Capilla Sixtina, dijo: "Es un buen escultor, pero no sabe pintar". Y en realidad, las pinturas de Miguel Angel son dibujos iluminados de escultor.

Aparte de éstos, hay otros, que no voy a mencionarles a Vds.

La pintura actual podríamos calificarla de normal hasta las primeras décadas de nuestro siglo XX. Pero en los últimos 50 ó 60 años se ha convertido en una locura desconcertante, por culpa frecuentemente de no pocos críticos del Arte, que hablan de lo que no saben. Los tales, cuyo fallo está en su desconocimiento de la pintura y del dibujo, tienden a inventarse genios donde no los hay. No parece posible ser un buen crítico de Arte sin saber esculpir, pintar o dibujar. Como si un ministro de Economía ignorase lo más elemental de esta ciencia.

También son culpables de todo esto, ciertos artistas contemporáneos. Por ejemplo, Picasso, que domina sin duda el dibujo, pero no la pintura. Sus llamadas "épocas azul y rosa" no son sino buenos dibujos coloreados. A mi juicio, toda su obra es, fundamentalmente, una colección de bocetos y manchas.

En cierta ocasión afirmó: "Yo nací dibujando como Miguel Angel y quiero morir haciéndolo como un niño". O sea, ir hacia atrás. Lo contrario de un gran artista como Mozart, que nació músico y murió siendo un genio.

Siguiendo con Picasso, hay personas que consideran el "Guer-nica" como su obra maestra. Yo no alcanzo a ver en esa obra más que un buen cartel de dibujo lineal un tanto caricaturesco. Parece ser que hizo más de 50 bocetos para ese cuadro. Yo estoy seguro que el Greco no hizo más de dos para componer su "Entierro del Conde de Orgaz".

Sin embargo, prefiero que sea el propio Picasso quien se re-

trate a sí mismo. Lo hizo en una carta dirigida a su amigo, el célebre escritor italiano Giovanni Papini.

“... A fuerza de divertirme con estos juegos, con todas estas paparruchas, con todos estos rompecabezas, jero-glíficos y arabescos, me he hecho célebre y muy rápidamente. Y la celebridad significa, para un pintor, ventas, ganancias, fortuna, riqueza. Y hoy, como Vd. sabe, soy célebre, soy rico. Pero, cuando estoy a solas conmigo mismo, no tengo el valor de considerarme como un artista en el sentido grande y antiguo de la palabra. Grandes pintores fueron Giotto, el Tiziano, Rembrandt, Goya; yo soy solamente un entretenedor público, que ha comprendido a su tiempo y se ha aprovechado lo mejor que ha podido de la imbecilidad, de la vanidad, de la avidez de sus contemporáneos. La mía es una amarga confesión, más dolorosa de lo que pueda parecer, pero que tiene el mérito de ser sincera”.

(La Voz de Asturias, pg. 3, de 3-11-81)

Otro de estos pintores, muy discutible para mí, es Miró, un “genio” creado artificialmente.

En otro orden de cosas, hablemos también de Chillida. Conozco muy poco de su obra: la “Sirena Varada”, que está en Madrid, y su “escultura” situada en Toledo. Contemplando ésta, pensé que volvíamos a la edad de Piedra. Dudo de que sean sinceros muchos que se hacen lenguas de estas esculturas. A veces son ganas de presumir.

Y concluyo refiriéndome a dos grandes pintores, que sí que me gustan. El Greco y Goya.

El primero dominaba, como nadie, el dibujo y el color. Su última etapa fue lo mejor, a mi juicio; él sentó las bases del Impresionismo, quizá por el defecto óptico, que dicen tuvo. Así dejaba las cosas menos hechas, con gran maestría y calidad, aunque sus contemporáneos no lo entendían, creyendo que el buen arte es muy detallista y acabado. Su forma de alargar las figuras no creo se debiera a astigmatismo; pienso que al utilizar espacios de gran altura tendía a estilizar las figuras.

Goya era un gran colorista, dominador de todos los temas, gran dibujante y un genio en su pintura negra, que es, para mí, lo mejor de su obra.

En mi opinión, no se da una pintura moderna o antigua, sino una pintura buena o mala. Y que conste que no estoy en contra de la pintura moderna si es figurativa, puesto que las obras de arte no deben necesitar explicaciones. Se explican por sí mismas.

Toledo, noviembre 1986.



DISCURSO DE CONTESTACION

Félix del Valle y Díaz
Numerario

Excmos. e Illmos. Srs.
Señoras y señores

El dicho popular de “una imagen vale más que mil palabras”, queda altamente demostrado con el maravilloso retrato que el académico recipiendario entrega hoy a esta Academia. Con él, a Morera Garrido, su autor, le hubiera bastado para su ceremonia de ingreso, sin necesidad de discurso alguno, de haberse querido acoger al privilegio que conceden los estatutos a los académicos que ingresan por la sección de Bellas Artes. Pero Morera Garrido ha querido expresarnos su sentir con su palabra y hablarnos también con el mejor medio de expresión de un pintor, el más claro, el más contundente: su pincel.

El pincel de un pintor es prolongación de su corazón a través de su brazo, donde confluye, impulsado por su voluntad y por su mente todo su sistema nervioso y sensitivo. Y, al contacto con el lienzo, va acumulando descargas emanadas de todo el cuerpo del artista, de todo su ser, de todo su entendimiento, y va produciendo vibraciones de color que el ojo humano captará, transmitiendo a su vez al cerebro un sinfín de sensaciones, casi siempre guiadas por las intenciones del pintor al crear su obra.

Nos ha hablado de dos formas Morera Garrido. Y yo debo contestarle en nombre de esta Real Corporación, según ordena nuestro reglamento.

“Discurso de contestación”, dice el Reglamento en su artículo 14; y en el siguiente, se le da el nombre de “discurso de recepción”. Si yo puedo elegir para calificar mi discurso entre las dos acepciones, prefiero inclinarme por la de “recepción”. Mas, si a pesar de ello, debo contestar a algo, permítaseme elegir contestar a su pintura, de entre las dos formas de expresión que Morera Garrido emplea para su ingreso en esta Real Corporación.

El cuadro que el nuevo académico presenta hoy a esta Academia, y que todos podemos admirar en el caballete expuesto ante

Vds., no pretende ser su mejor obra, ni en su tamaño ha querido ni podido el artista hacer un muestrario de todo su saber. Pero, sin embargo, en este retrato del anterior Director de esta Institución, el Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael Sancho de San Román, están presentes todos los conocimientos que Morera Garrido ha venido aprehendiendo durante el período de su formación artística, que ha supuesto toda su vida. En él está plasmado, inevitablemente, cuanto en el artista ha calado de todo lo que le rodeaba; de todo aquello de lo que su fina sensibilidad se ha venido impregnando como esponja receptora.

Para "leer" este cuadro, necesitamos saber de la vida de su autor y de cuanto le ha circundado durante ella. Porque, ahí, en ese conjunto de pinceladas, están recopiladas todas las vivencias que han regido su configuración.

Nace Juan José Morera en el seno de una familia artesana. Su padre, grabador.

¡Qué gran ventaja para un artista nacer en un hogar artesano!

¡Mas ay, querido Morera! Yo no voy a negarte que por ello pueda ser más duro el camino hasta la cumbre, pues las aptitudes artísticas de aquél a quien su familia considera niño prodigio, pueden ser aprovechadas en el ambiente familiar artesano, donde, sin duda con la mejor voluntad, se piense que con ello se le favorece, sin llegar a sospechar siquiera que se pueda estar truncando una vocación de más altos ideales. Pero tú y yo estamos de acuerdo, querido amigo, en que, el criarse entre dibujos y buriles temple el espíritu y las sensibilidades artísticas que, más tarde o más temprano, encontrarán la manera de aflorar en la vida y obras de aquél en el que han penetrado.

Como acabamos de decir, señoras y señores, el padre de Juan José Morera era grabador. Había nacido Juan José en Madrid; pero, recién cumplidos los ocho años, cuando su padre se traslada a Toledo a trabajar en los talleres Garrido, aquí llega, y es desde entonces, según él mismo dice, toledano.

Desde muy temprana edad se hacen patentes su afición y buenas aptitudes para el dibujo, de modo que pronto ingresa en el Colegio de Huérfanos como aprendiz cincelador, y de allí, al taller de D. Julio Pascual

Mas, Morera quería ser pintor, y con ello sueña mientras recibe en la toledana Escuela de Artes la instrucción que sus mayores dirigían a completar su artístico oficio. Dibuja, esculpe, pinta. . .

Pero le niegan una beca de la Diputación por no ser toledano; a él, que se sentía tan toledano como el que más. Primer dolor de su vida, según él mismo nos ha confesado hace un momento. Su primera amargura. Su primera espina, clavada en lo más profundo de su ser, que hace comenzar lo que él llama una lucha constante hasta conseguir arrancársela haciéndose pintor.

Sucedan muchas cosas hasta que lo consigue. Y siempre sus aptitudes artísticas, paradójicamente, sirviéndole de freno. A la edad de quince años, su facilidad para el relieve le hace modelista de una casa de galvanoplastia en Zamora, para la que trabaja desde Toledo: vírgenes, imágenes del Sagrado Corazón, últimas Cenas. . .

Aquel trabajo acabará arrancándole de Toledo a sus dieciocho años. No sin la promesa que se hace a sí mismo de volver. . . y pintar.

Después, la guerra. Y más tarde, medallista y modelista de una famosa fábrica de porcelanas en Vigo: la casa Alvarez. Hasta que un día reúne el valor suficiente para colgar sus herramientas de artesano y, recordando la amarga espina de su infancia en Toledo, cierra los ojos y empieza a pintar con un brío arrollador. Y sin abrirlos, pinta Toledo desde todas las calles y plazas, en todas las horas del día y de la noche, en todas las luces imaginables. Y vuelve a la Imperial Ciudad, a la que sigue llamando su Toledo, a pesar de aquella Diputación de su infancia. Y se compra una vieja casa en un recoleto callejón. Y la transforma en su estudio. Y su estudio, en su cuarto de estar. Pues allí es donde él está casi las veinticuatro horas del día. Viviendo de pintor, como él quería. Como él había soñado desde que viese por primera vez los dibujos de su padre.

Pronto hará treinta años que goza de nuevo de la paz de Toledo, viviendo como un artista del Renacimiento, enclaustrado en su taller sin saber siquiera en qué día de la semana vive, ni en qué mes, ni muchas veces, en qué año; absorto por completo en su pintura.

Y es aquí, en su Toledo, donde cosecha los mejores triunfos de su vida.

Ya había obtenido, en plena guerra civil, en Madrid, el primer premio de escultura denominado "Siete de Noviembre del Treinta y Ocho". Y había ya hecho la maqueta al monumento escultórico de los ferroviarios en Madrid. Pero a Toledo viene dispuesto a pin-

tar, a embriagarse de color, y con su personal concepto de la técnica cartelística, acude a concursos nacionales obteniendo primeros premios, de entre los que podemos destacar el del Corpus Christi de Toledo-1983, por ser del que más orgulloso está el artista.

Y pinta y pinta hasta saciar la sed acumulada desde su juventud.

Su obra desde aquí se extiende por el mundo entero. París; Londres; Nueva York; el Museo de la Spanish Society; St. Hyacinth Church, en Pensilvania; etc., etc.

No le hace falta salir por el mundo a vender su arte; es el mundo quien viene a Toledo a buscarlo.

Pero, volviendo a poner nuestra atención en su cuadro aquí presente, hemos de recordar, forzosamente, que Juan José Morera nace en 1914, mientras en el mundo estalla la Primera Guerra Mundial. Año que marca época en todas las actividades de los hombres, incluyendo, cómo no, las actividades y las actitudes artísticas.

Ya los revolucionarios del arte habían venido incubando la explosión. Ya el arte había alumbrado al mundo aquel bello cuadro titulado "Impresión", alrededor del cual naciera el genial "impresionismo". Y otros "ismos" se habían venido sucediendo unos a otros con inusitada rapidez tras el nacimiento del nuevo siglo. Había como una especie de fatiga de la sociedad. Los hombres querían cambiarlo todo. Parecían estar cansados, hartos de discurrir por formas de vida que ya habían envejecido. Y mientras la guerra está estremeciendo y cambiando el mundo, nace el "Dadaísmo" como una explosión que conmociona el arte todo. Estremecimiento que aún sigue vibrando a pesar de estarnos ya acercando al nacimiento de un siglo nuevo. Explosión que había estado precedida, como en las noches de pólvora final de fiestas populares, por la traca de numerosas nuevas explosiones: Simbolismo, Cubismo, Futurismo, Rayonismo, Orfismo, Sincronismo, Suprematismo, Constructivismo . . .

Los hombres que componen estos movimientos tienen ideas dispares entre sí; pero una razón común les une: ¡renovar!; dejar dormir el arte pasado, creado en otras circunstancias de la vida del hombre, y hacer que un arte nuevo nazca, unido a la vida y circunstancias del hombre nuevo del nuevo siglo.

Y las vanguardias artísticas se suceden devorándose unas a

otras con el noble afán de renovar el arte.

No es mi intención hacer aquí una lista de las corrientes artísticas aparecidas durante la vida de Morera Garrido. Sólo es la de recordar a Vds. lo azaroso de la búsqueda de caminos nuevos, que dejan súbitamente de serlo al surgir otros.

Y mientras, Morera luchando por ser pintor, por desasirse de las ataduras artesanales de la familia; buscando el equilibrio entre su sustento y su vocación.

El no comparte algunas de las nuevas corrientes del arte, pero no las ignora; podemos decir que permanece al margen, como un espectador. Mas, de las cosas que el hombre mira y observa, algo acaba calando en él, aun sin quererlo. Y en Juan José Morera, tal vez sin quererlo ni saberlo, va penetrando algo de los ismos y tendencias que él pretende evitar. Y en su paleta va quedando algo de cada una de las corrientes que recorren el mundo del arte; como la luz del ya por entonces añejo impresionismo, o la cautela que denuncian las nuevas investigaciones de lo que se llamó "leyes de la Gestalt".

Pero él ha estado siempre muy ocupado para seguir directrices de otros. Su tiempo lo ha invertido en dialogar con su paleta y sus pinceles; en hacerse pintor. Y su aguda intuición y su constante trabajo harán que en él vayan surgiendo recursos dirigidos a poder usar la combinación fondo-figura, sin que la percepción visual del espectador tenga que sufrir cambio alguno de visión. Con los recursos de Morera, el espectador de su obra queda casi obligado a seleccionar aquello que él, como autor, ha querido dirigir a la atención de quien la mire.

Como todos sabemos, las leyes de la Gestalt se basan en que, en ciertos cuadros, la atención del observador extrae una figura dejando el resto de fondo. Y esto puede cambiar según varíe la atención del espectador o según se modifique su selección.

Todo ello está basado en que la percepción visual de cada momento no constituye la copia exacta de lo que hay delante de nosotros. Existen unos procesos de elaboración que suelen transformar en el cerebro las informaciones enviadas por el ojo.

Aun a riesgo de pecar de inocente, les voy a exponer un caso claro, no sin antes pedirles perdón.

Uno puede ver con nitidez una mariposa parada en el parabrisas de su coche, pero a su cerebro llegan borrosas las imágenes de la carretera y de los vehículos que se le acercan por delante. Sin

embargo, sin cambiar de posición la cabeza, se puede dirigir la mirada a la carretera, dejando así de ver claramente la mariposa parada en el cristal. De una forma parecida se está comportando la percepción visual constantemente cuando observamos cualquier objeto delante de nuestros ojos.

Si hay algo como fondo de lo que vemos que pueda ser fácilmente cambiante a causa de su luminosidad, puede producirse el cambio de nuestra atención y con ello el de nuestra selección.

Si por el contrario, el fondo es negro o demasiado oscuro, de forma que quede inhibido en nuestra apreciación, se producirán unas mayores vibraciones en los contornos de la imagen, que harán que la superficie reciba menos atención; pues, según Schuster y Beils, "la interconexión de las vías nerviosas por detrás del ojo determina que se perciban con más intensidad los contornos de una imagen mientras que en el interior del campo del mismo estímulo las excitaciones son casi extinguidas por los procesos inhibitorios".

Morera Garrido desafía las leyes de la Gestalt, y al hacerlo se muestra como un verdadero manipulador de la percepción, ayudándose, sencillamente, de los tonos grises de sus fondos, con los que apaga las apetencias de la retina a llevar a cabo cambios de selección de imagen fondo-figura, tan frecuentemente comprobados por la llamada psicología gestáltica, dentro de nuestro siglo.

Y esto es lo que Morera Garrido hace aquí, en este retrato, donde le interesa destacar la figura del retratado; donde, a pesar de haber puesto de fondo un paisaje de Toledo, tan apetecible a cualquier espectador, evita llamadas de color, y logra dirigir la atención de quien mira su obra a la imagen central, el Doctor Sancho de San Román, sin otras distracciones caprichosas del observador; sin otros movimientos retinianos que logren el fenómeno del cambio fondo-figura, ni estimulen vibraciones en el contorno de la figura central que resten importancia a lo que hay dentro.

Pero ya sabemos que no toda su obra es así. Estas cautelosas precauciones sólo las toma en casos como el presente. En la mayoría de sus otros cuadros Morera busca y logra el estímulo visual y el movimiento de las vías nerviosas, aunque algunos de sus cuadros estén compuestos por diversos retratos, como es el caso del que yo estimo una de sus mejores obras: "El Corpus en Toledo"; del que, para terminar mi intervención, voy a mostrar a Vds. una diapositiva y a darles una pequeña explicación, a pesar de que, como muy bien dice Morera, su obra no necesite de explicaciones para ser entendida.



Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael Sancho de San Román.

Día del Corpus en Toledo. El Señor ha salido a las calles engalanadas, cubiertas de flores y tomillos, y majestuosamente entoldadas. Los toledanos se congregan al paso de la procesión y contemplan el luminoso milagro de Arfe, y las cruces, y las mangas. Un ángel, a la izquierda, maneja un incensario, cuyo humo levanta columnas sinuosas hacia el cielo, donde el Padre, y la Trinidad con representación iconográfica femenina del Espíritu Santo, contemplan, rodeados de ángeles músicos, el misterio del Pan que se ha hecho Carne y pasea entre los hombres esa mañana. En la mitad del cuadro, a la derecha, María Magdalena pide perdón por todos a una mano clavada en madero de nubes y escarcha. Abajo, el clero con sus mejores galas acompaña al Santísimo. Hay rostros conocidos: don Maximiano Lillo; don Pablo González Lucas; don Angel García de Blas; don Antonio Cabrera; y don Viriato Gómez, industrial de Sonseca, para quien fuera hecho el cuadro, vestido de clérigo. . . Un macero a la derecha resulta ser un caballero toledano vecino del autor. A la izquierda, con velo immaculado, una lagarterana recibe los reflejos de una vela; es la fiel compañera de fatigas y triunfos del pintor. El monaguillo es Luis, el hijo más pequeño del artista, hoy artista también. Las dos niñas son la misma persona: una de las nietas del pintor, marcando el tiempo de ejecución del cuadro con su cambio de edad y de estatura, que está ahí representando a la tercera rama, donde ya retoñan brotes de aficiones artísticas que algún día serán frutos reflejos de su abuelo.

No ha querido Morera centrar nuestra atención en un solo retrato. En esta obra suya, como en tantas otras, ha querido que nuestra vista recorra todo el cuadro y que nuestra percepción sensorial disfrute de tanto color dispuesto de forma tan precisa y tan maravillosa sobre un lienzo.

Sea bienvenido tan insigne pintor a esta Academia, donde esperamos que con la maestría con que reparte el color, distribuya consejos y opiniones en pro de las Bellas Artes y las Ciencias Históricas de Toledo.